
VICENTE SALAS VIU

Profesor de la Universidad de Chile

La crisis de los ideales juveniles en la crisis de la cultura contemporánea

Nuestra cultura, la cultura de Occidente de que forma parte la americana, experimenta una de sus más graves crisis o, simplemente, la más grave de sus crisis en los años que vivimos. La presencia de la juventud en esta cultura ha sido tan fuerte desde los comienzos del siglo XIX que ha constituido uno de sus rasgos distintivos, casi podríamos decir su tónica. Jamás lo juvenil se había valorizado de tal manera en el ámbito de nuestra cultura. Jamás lo joven ha actuado con mayores ímpetus sobre las manifestaciones todas de la vida colectiva como en ese largo siglo y medio a que aludo. Y la juventud asimismo se nos ofrece hoy en crisis. Desilusionada, desorientada, al borde de la desesperación o de la angustia.

En apariencia al menos, la crisis de nuestra cultura se nos ofrece unida a la de los ideales juveniles que la venían nutriendo. ¿Ello es realmente así? ¿Ha influido la crisis de la una en la otra? ¿La ha arrastrado consigo? En fin, ¿en qué consiste esa crisis única de cultura y juventud o las crisis separadas, pero coincidentes, de una y otra?

Estamos ante la brecha por donde hemos de penetrar en lo hondo del tema propuesto. No para dar un rodeo, sino para llegar antes al fin que perseguimos, es necesario que nos planteemos cómo o por qué en nuestra cultura tuvo y tiene la juventud esa posición descollante.

La cultura cristiano-occidental se nos ofrece como un todo orgánico, en una evolución paulatina, desde la Edad Media al Renacimiento, desde el Renacimiento al Siglo del Barroco y de éste a las postrimerías del bien llamado "de las luces", el siglo XVIII. Entre él y el XIX, se produce, en corte brusco, la liquidación definitiva de la época de la Ilustración por la Revolución Francesa que, al mismo tiempo, es la formidable incubadora de cuantos factores han de agitarse y producir los años románticos y los del siglo nuestro. Quien sabe si lo más formidable que dicha Revolución produjo —formidable para bien y para mal—, fue aquel corte en los valores de la sociedad y de la cultura, el salto brusco que imprimió en el hasta entonces gradual y como lógico desenvolvimiento de los valores del espíritu.

Justamente en los años que de inmediato siguen a los de la revolución —que todavía instituye un Consejo de Ancianos entre los organismos, más o menos decorativos, que la encauzaron a su término—, la juventud empieza a cobrar la función dominante a que me he referido, en la vida política como en las manifestaciones de la cultura. Durante todo el siglo XVII, para no remontarnos muy atrás; y en el XVIII hasta la Gran Revolución, la prudencia, la moderación, la experiencia y la sabiduría de la edad madura rigen la vida social y establecen el curso de

las artes. Son, por supuesto, rectoras de la especulación filosófica y de la investigación científica. Incluso en el atuendo y el tocado —graves y recargadas vestiduras, pelucas blancas—, el siglo XVIII subraya su veneración por lo henchido de años.

Estalla la revolución, caen, en abundante siega, con las cabezas que recubren, las empolvadas pelucas, y el brío y la audacia juveniles imponen por doquier un sello inédito a la época. Es lo juvenil, sin apenas contrapeso, quien domina en los clubs revolucionarios, en las exaltaciones populares, en la tribuna política como en los ejércitos improvisados que defienden la frontera del Rin. Esto, incluso antes de que surja ese arrebatado y joven general Bonaparte, caudillo de las juventudes exaltadas.

Cuando la táctica militar, la ciencia de las batallas fue impotente ante los bríos, el valor ciego, la furia de los soldados de la República, Goethe vio con claridad que había comenzado una etapa de consecuencias incalculables para la historia. Aquella en la que no se tardaría mucho en pronunciar algo tan inconcebible para el mundo en desaparición como la frase del general que mejor habrá de representarla, en lo militar como en lo político: "Cada soldado lleva en su mochila el bastón de mariscal".

El ímpetu, la dinámica juvenil que no sabe de obstáculos, el coraje, la audacia desbordada, el desprecio por los valores estatuidos se imponen en todos los aspectos de la vida. En la cultura, el pleno triunfo de esos y otros no menos explosivos ingredientes lo representará el Romanticismo. Que, de muy romántica manera, surge a favor y en contra al mismo tiempo de la obra napoleónica y de sus consecuencias.

Los ideales del Romanticismo son ideales juveniles y alimentados por una juventud que se quema con ellos. Al rojo de la pasión o al violeta de la melancolía, no menos juveniles en uno u otro extremo de la gama. Si entre las guerras desatadas por Napoleón y el apogeo romántico el Congreso de Viena es como una vuelta al "buen sentido"

(entre comillas y con cuantos subrayados se quiera), lo cierto es que la Europa del Congreso no constituyó más que un breve y caduco paréntesis. Sobre América, en tránsito de liberación y de afirmación de las nuevas repúblicas, es sabido que la Europa del Congreso, y de la Santa Alianza, no pudo ni siquiera intentar la extensión de su influencia.

Pasan los años románticos y el siglo XIX se prolonga por las décadas iniciales del nuestro hasta la Primera Guerra Mundial, sin que el signo de lo juvenil empalidezca en los dominios de la cultura. A veces, parece que esto ocurre, pero sólo lo parece y por un tiempo breve. Entre las dos guerras mundiales, como para cobrarse por junto los fugaces ocasos precedentes, la omnipotencia de la juventud se afirma en los diversos campos de la cultura con mayores arrestos que los hasta entonces conocidos. Se rinde a la juventud y a lo juvenil, sobre todo en las artes, una reverencia, se los sobreestima en tal medida que, en realidad, no existe ninguna que los limite. Son los años del entusiasmo sin freno, de la glorificación de cuanto es joven o afecta serlo.

Lo que ese tiempo supone en el progreso técnico y científico, póstico del que nos ha llevado al inimaginable de estos años recientes; en el desarrollo industrial; en la intensificación del comercio; las mil tentativas, pero también los muchos logros que representa la época de todos los vanguardismos en las artes, baste con ser aludido. Es otra vez el período esperanzado en que se cree hallarse ante una era de esplendor para la humanidad, curada de todos sus desvaríos. Es el período en el que lo juvenil brilla con fulgor inigualable ni igualado antes o después. Son los años de más hermosa ceguera juvenil de que existe memoria. Mientras, las disensiones que agitan el mundo social y el de las especulaciones del espíritu van cobrando cuerpo y nos llevan, con rápido paso, en la década de los años 20 al 30, a las vísperas de la gran catástrofe, la Segunda Guerra Mundial, y su secuela, la llamada guerra fría que nos han puesto al borde del abismo don-

de puede precipitarse no sólo la cultura, sino todas las formas de vida que ha creado nuestra civilización.

Conviene detenerse en este punto. Porque ahora ya hemos de buscar la respuesta a las cuestiones planteadas: qué ha producido el actual desencanto o, mejor aún, desesperanza de la juventud que nos rodea; cuál es la raíz de la crisis que se advierte en nuestra cultura; finalmente, hasta dónde ambos fenómenos se interpenetran.

La invención de la telegrafía inalámbrica, de la radiotelefonía y la televisión, el perfeccionamiento de los transportes aéreos, desde los aviones que, como una gran hazaña atravesaron el canal de la Mancha hacia 1916 a los de propulsión a chorro de hoy en día, todos los medios mecánicos que han reducido el mundo a una sola unidad, donde no existen las distancias; el desarrollo alcanzado por el cinematógrafo, desde su época primitiva de comienzos de este siglo a los films panorámicos, a pleno color y excesivo sonido actuales; el descubrimiento de los cuerpos radioactivos, de la divisibilidad de los átomos y la liberación y aprovechamiento de su energía; el progreso de las ciencias físico-matemáticas desde la teoría de la relatividad de Einstein hasta las metas hoy alcanzadas y que parecen insuperables; el de la medicina, la ingeniería, la química, de milagro en milagro, para usar el término que tal vez corresponde mejor a sus grandes hechos; todo lo que señala, en el corto margen de unos años, tan acelerado incremento de las ciencias y las técnicas puestas a su servicio, presenta una imagen de nuestra civilización deslumbradora, en gran parte incomprendida para los que gozamos de sus beneficios. En menos de tres años, son muchos los satélites creados por el hombre que han surcado el espacio en torno a nuestro planeta. Se ha logrado violar por un cohete terrestre la faz tantas veces ensoñada de la luna. Se han tomado fotografías de la otra faz, la que estuvo oculta al hombre por miles de milenios. En 1959, giró alrededor del sol el primer planeta artificial. En estos meses de

1961, los astronautas rusos han inaugurado la época en que se cumplirá la más desafiada de todas nuestras fantasías: dejar el viejo hogar de nuestras discordias, tantas veces bañado en sangre, para atravesar la infinitud del espacio en demanda de otros mundos. Sí, la civilización que hemos creado supera a todas las fantasías, a los sueños de los más exaltados visionarios. No es de extrañar que, de tan radiante, nos deslumbré.

Pero, al lado de tantas maravillas, los viejos males, las peores injusticias, la desorganización social y económica, las más incalificables amenazas son el trazo de sombra, la antiaureola de nuestro vivir contemporáneo. Lo angélico y lo demoníaco, los dos costados de nuestra naturaleza humana según los interpreta la Biblia, nunca se han ofrecido con rasgos tan violentos como en el hombre del siglo XX. Porque en ninguna otra época, si reparamos en la parte siniestra de nuestra civilización, se ha llegado a los extremos de vesania derrochados en la última guerra y en las persecuciones raciales y políticas desatadas durante ella, antes y después de ella. ¿No está en este contraste de luz tan viva y de sombra tan abominable y espesa la muestra indiscutible de la muy grave crisis que afecta a nuestra civilización? Por grandes que sean, y lo son extraordinariamente grandes, las conquistas del saber humano en nuestros días, ¿esa misma grandeza, no resalta todavía más la falta de un auténtico sentido, la pérdida de rumbo en los que nuestra civilización sigue como desenfrenada? Saber que se está haciendo monstruoso, como el más nefasto acrecentamiento de una de las potencias del espíritu en desmedro de otras sustanciales. Saber, en fin, que se nos ofrece desligado de una verdadera y profunda cultura. Nunca ha dispuesto el hombre, digámoslo con toda entereza, de mayor civilización ni de menos cultura que en lo que va corrido de nuestro siglo desde 1930 en adelante.

En este desequilibrio entre el saber y la cultura —el cultivo y arraigo, la asimilación hecha piel, huesos y sangre de los valores es-

pirituales que son la cultura en su más íntimo sentido—, está la raíz de la crisis que padecemos, la causa primordial de todas las otras causas que han puesto a nuestra civilización en la linde de su definitiva y total quiebra.

Hace ya algunos años —cuando se empezaba a ver llegar este torbellino en que ahora nos debatimos medio alocados, medio entontecidos—, que Ortega y Gasset habló sobre la barbarie del especialismo. Hemos llegado al extremo en tan peligrosa especie de barbarie y por ello todo peligra. Es urgente, en medio de tantos prodigios como la ciencia y las técnicas nos han dotado, que el hombre vuelva al hombre, repare en él, lo conozca, lo ame y lo compadezca también, que viene a ser lo mismo. Y en esa compasión y comprensión, en ese volver a conocernos a fondo, en lo medular del espíritu, se hallará la puerta de salida para este caos que sufrimos. Las cosas todas, de la más grande a la más chica, recobrarán su sentido. Saldrán de su caos alucinante y catastrófico para asumir el orden, el estar cada una en el lugar que les corresponde dentro de una armonía suprema. En su quicio, dentro de un orden nuevo y verdadero que todos anhelamos y todos perseguimos. Orden nuevo radicalmente opuesto a cuantas supercherías se han servido de esa calificación (¡y en tan crueles paradojas!) en la historia de las locuras políticas de los últimos tiempos.

La desorientación que reina entre las artes, reducidas como nunca, todavía más que en los años románticos, a ser expresión del más exclusivista subjetivismo, a especulaciones tecnicistas, a competir en ridículos concursos de originalidad o a chocantes despropósitos; el que las artes ya no respondan a profundos conceptos ni a intensos sentimientos que traduzcan o enriquezcan el acervo espiritual de una época —esto es, de un determinado momento en la vida de los hombres—, o lo permanente que en su seno yace, ello también es elocuente testimonio del debilitamiento que padecemos de los valores fundamentales de la cultura, de esos valores

que son los únicos por los cuales la vida es digna de vivirse y no mero acontecer fisiológico.

La magna crisis a que aludimos responde a un complejo de factores entre los cuales la influencia del sello juvenil impreso a nuestra cultura cuenta, sí, pero no es uno de los más importantes. Es cierto que el culto extremo por la juventud que colorea las etapas recientes en el desarrollo de la cultura occidental ha contribuido a precipitar esa crisis. Pero sólo a esto.

La superestimación de la juventud y, principalmente, en sus atributos de irreflexión apasionada, de violencia y audacia, implicaba de hecho una subversión de valores entre los espirituales. La armonía establecida entre los valores de la cultura tenía por base de todos ellos a la reflexión serena, a la experiencia acumulada en inseparable coyunda con un ansia de saber siempre en desvelo, los ojos bien abiertos, clara y tranquila la mirada sobre el espectáculo cambiante, y con frecuencia convulso, de la realidad. La sabiduría, como último poso y reposo, más íntima asimilación del conocimiento, consistía en eso, en ver claro. La más alta moral, en comprender y sentir con claridad también, sin turbiedades lacerantes, las normas que deben regir la propia conducta antes de exigir las para los demás. Surge la veneración primero, el fanatismo después por el ímpetu juvenil como motor de la cultura. Dinamicemos la cultura, se dice en jerga bárbara. Hay que desempolvarla, sacudirla hasta sus cimientos. Y una cohorte de falsos jóvenes, para mejor parecer que son jóvenes auténticos llegan al servilismo, a la adulación incluso de las cualidades juveniles que iban a dar a las actividades del espíritu un nuevo rumbo. Se cae así de lleno en el error de perspectiva, en la subversión de valores que hace a los impulsos vitales, casi a las puras fuerzas de la naturaleza, sobreponerse a los otros valores que hasta entonces los habían gobernado en mutuo beneficio. La irracionalidad, lo instintivo y el oscuro subconsciente dominan en las artes y en la vida social y en la política has-

ta los extremos nefandos que llenan la historia cercana de los pueblos europeos, con repercusiones significativas, aunque por fortuna no de tan vasto alcance, en los americanos.

Una juventud cuya generosidad y cuyo fervor son explotados sin tasa, de la que se hace escudo para cuanta empresa agresiva se lleva a cabo en un tiempo superhinchado de ellas, no tarda en encontrarse ante el horizonte de ruinas, espirituales y físicas, que hoy la rodea. Al mismo tiempo, ante ella se despliega, en trágico contrasentido, la infinitud de maravillas que la ciencia actual viene creando.

La crisis producida en el más hondo seno de los valores que alimentan la cultura, acelerada por la sobreestimación de lo juvenil, ha puesto a la juventud de nuestro tiempo en la encrucijada angustiosa en que se debate. Una crisis, la de fondo y capital de la cultura, ha producido la otra. Pero, no lo olvidemos, sin que la juventud, de tal modo desorientada —y sacrificada en la cruel medida que lo ha sido—, tenga más que una responsabilidad adyacente a los factores de tan luctuoso acontecer. No fue ella quien se salió de quicio por sí sola. No hubiera podido hacerlo de no existir los turbios estímulos de quienes se sirvieron de ella. De quienes extrajeron de ella normas para la vida social y aún para las actividades del espíritu que constituyen uno de los grandes errores de nuestra época.

Nos resta considerar la tercera de las cuestiones planteadas: cuáles son las razones o sinrazones de la crisis en sus ideales que experimenta la juventud actual. Algunas las hemos ya apuntado al referirnos a la crisis de nuestra cultura y a la encrucijada en que se encuentra la juventud. Pero, veamos de más cerca los problemas de la juventud misma.

No existe hoy una juventud europea y una juventud americana fundamentalmente distintas, aunque las experiencias sufridas por aquélla excedan con creces en lo doloroso las de ésta. Con matices diferenciales, en nues-

tra cultura occidental la juventud de ambos continentes es la misma, con las mismas inquietudes y aspiraciones y bajo el peso de problemas que, en gran parte y en la parte principal, le son comunes. Así como en el espacio se han anulado en nuestra época las distancias de continente a continente, en un mundo unificado y casi uniforme, en el tiempo también las distancias han desaparecido.

Con cierta exactitud podría afirmarse que, incluso en la segunda mitad del siglo XIX, de la vida americana a la europea, en todos los aspectos y más que en ninguno en el de las actividades sociales y en la cultura, promediaba una distancia de treinta a cincuenta años, según los países. Fenómenos artísticos, inquietudes políticas; en general, aportaciones que enriquecían el mundo de los sentimientos o del pensamiento en el área europea, repercutían en América Hispana dentro de márgenes temporales semejantes a los que acabo de expresar. No era raro, cuando en España, en plena Europa, se daba también un retraso parecido. La onda de los hechos que estremecían el pensamiento europeo llegaba con retraso o, simplemente, no llegaba. La detenían unos Pirineos del espíritu, mucho más fuerte y alta muralla que la geografía. La cerrazón espiritual de España, de espaldas al mundo contemporáneo, entonces y ahora nada tiene de eufemismo.

Decía que separaba a nuestra América de las inquietudes europeas hasta las últimas décadas del siglo XIX una distancia de treinta a cincuenta años según los países. A la altura de hoy, esa distancia ha desaparecido casi por completo. Por las mismas causas que las otras distancias, físicas y no físicas. Así, aunque la juventud americana no haya sufrido directamente, en su carne y en su espíritu, los estragos de la guerra pasada, el mundo de esta juventud está por igual conturbado— desgarrado sería mejor decir—, que el de la europea. Las consecuencias de esa hecatombe, su impacto en las costumbres, la quiebra que significa de tantos ideales, el descrédito de tantos principios, lo sufre la juventud americana como la otra parte de las

generaciones que se enfrentan a la vida en el ámbito de la cultura de occidente.

¿Por qué pasos se ha cumplido el lamentable proceso? Trataré de señalarlos sin extender demasiado las líneas de este ya largo escrito.

La crisis de la cultura y la correlativa de la juventud a las que me referí, llegan a su culminación por los años de la última guerra. Los hechos que alimentan ambas crisis adquieren una distinta significación por la manera cómo actúan sobre las dos promociones de la generación que los sufre. La primera, en Europa es la de quienes hicieron la guerra y por ella fueron sacrificados, hasta los que han sobrevivido. Hay una destrucción moral mucho más grave que la física. La segunda, es la de postguerra; los que, todavía niños, se encararon con las ruinas de toda suerte que el mundo les brindaba para tener después ante los ojos el aterrador panorama de las experimentaciones atómicas, la amenaza de una civilización aniquilada.

Fue la primera promoción, la vanguardia de la generación que nos ocupa, una juventud ilusionada y ferviente como pocas. Los que tenían veinte años en los que precedieron a la guerra, desengañados de la frivolidad y la truculencia del tiempo inmediatamente anterior, el de la madurez de la generación de la otra postguerra, creían al alcance de su mano, que iba a ser la honrosa tarea que la historia les reservaba, imponer la justicia social, liquidar absurdos privilegios, impulsar un nuevo y más amplio sentido de la cultura. Crecieron con la ilusión de un mundo mejor que advenía y nadie regateó a esa quimera, ni como individuo ni como parte del ser colectivo, los sacrificios que hubieran de ofrendársele. Un aire limpio, alegre estremecía las artes, oreaba el pensamiento contemporáneo. Procuramos los hijos de la burguesía ir del brazo con los del pueblo, en noble fraternidad de una parte y de otra. Dábamos por seguro que el nacismo y el fascismo eran las últimas formas de un proceso execrable a punto de un fracaso rotundo. Dábamos por seguro que en la Unión

Soviética se desarrollaba feliz la nueva sociedad, donde todos tenían los mismos derechos e igual de justa retribución en sus trabajos, donde las profesiones intelectuales, la investigación científica y la creación artística se cumplían fuera de la competencia comercial y de representar los ínfimos oficios a que los había reducido la burguesía en decadencia. A estas profesiones, por supuesto, se consagraban todos los que sentían vocación o tenían aptitudes para ellas. Sin los baluartes que para los más las impedían en nuestras viejas organizaciones sociales. El escritor podía vivir para sus libros (no sólo de sus libros) y el músico para sus partituras sin que fuera para ellos la creación artística una especie de vicio secreto que podían sostener a costa de horas robadas a *trabajos remunerativos*, los *para vivir* o que *dan de vivir*, ¡amarga ironía! Todo eso creían en la tercera década de este siglo los jóvenes afiliados a partidos activos en la lucha político-social como los que no pertenecían a ninguno.

Lo demás, los golpes secos, duros, que abatieron tal cúmulo de abrasadoras ilusiones, es bien conocido. La primera gran ilusión perdida fue el sacrificio de la España Republicana, al que, en diversos grados, contribuyeron los nazis y fascistas que intervinieron en la guerra abierta contra ella; las democracias que cooperaron con una cómplice indiferencia a que la agresión lograra sus frutos; la reticencia, el "buen sentido" o prudente actuar, como quiera decirse, del país del socialismo. Fue ese el primer quebranto, fuente de muchos otros, que sufrió en su imaginación del mundo que advenía la juventud española y la americana de nuestra sangre. Pero también fue el primer golpe, daño irreparable, para el resto de las juventudes de aquella hora.

Se inició así la carrera de desengaños que iban descubriendo la realidad del mundo a la generación —en Europa casi destruida, en América gravemente dañada—, que vivió la segunda gran guerra. Y después, las ocupaciones y repartos de países, pactos y negocios de "alta política" que marcan los senderos

tortuosos por donde la postguerra desembocó en la guerra fría, que aún prosigue. Son hechos demasiado presentes para todos como para que sea preciso nombrarlos siquiera.

De todas estas experiencias, de tanta muerte, destierro, persecución y males por igual de implacables como la primera promoción de nuestra juventud ha sufrido y a la segunda la han servido de ejemplo, ¿es mucho que se siga un abatimiento, un descreer en todo que parecen insuperables?, ¿es mucho que una actitud cruelmente cínica, de realismo despiadado ante la vida califique a los jóvenes de hoy? ¡Basta de bellas mentiras, veamos las cosas como son, llamémoslas por sus nombres, aunque sean horribles!, se dicen ellos.

La reacción desgarrada, desafiante, de los que ahora son muchachos debe ser comprendida en su tremendo significado. Por desgracia para todos, para ellos y para nosotros, sus mayores, tiene bases que la justifican. Por eso es más urgente que desaparezca hasta el recuerdo de esos puntos de apoyo en un pasado luctuoso y en un presente donde reina el caos. Es necesario atraer hacia nosotros, por lo menos hacia quienes somos la otra ala de su generación, los que pasamos los cuarenta cuando ellos se acercan a los veinte, a esa juventud. Despertar en ella la confianza que no han conocido en los valores del espíritu para que así renazca la que nosotros perdimos. Unirnos a ella para que, todos juntos, acometamos la obra más hermosa y más grande que a ninguna generación ha sido reservada, tan grande que vale por

todos los sacrificios ya cumplidos y los que falten por cumplir. Devolver a la cultura de occidente, o a la cultura tan sólo, la plenitud de su significado, la espiritualidad de que carece y que tanto precisa. Por la que clama. Una espiritualidad que, lograda como fruto de tan acerbos experiencias, sea digna de lo sufrido. Una espiritualidad que parta de aquí y de ahora, del punto a que hemos llegado por tan dolorosos pasos en el mundo actual. No una espiritualidad edulcorada por bellas mentiras, sino plena de sincero ser y de aún más sincero obrar. Muy nuestra y muy nueva y con muy hondas raíces en el pasado humano. Espiritualidad tan alta como la que hemos soñado y seguimos soñando —de eso ante todo sufrimos—, los hombres de esta generación; que no ha de brindársenos en resucitar viejos mitos, renovar dogmas ni reconstruir credos religiosos, sociales o políticos exangües en su contenido. Quiero decir, más claro: que dieron de sí lo mucho o poco que pudieron dar, a su debido tiempo que ya no es el nuestro. No estamos tan desengañados que pensemos que la espiritualidad anhelada esté a nuestras espaldas, que debamos retroceder hacia ella. Al contrario. Está delante de nosotros y nos demanda un esfuerzo supremo su conquista, sin renunciar a lo que ya sabemos, ni cerrar los ojos a lo visto y vivido. Esa es la misión que espera a las generaciones que han de dar con la nuestra y después de la nuestra un nuevo y más profundo sentido a la vida. Del que depende que no se reduzca a desvarío lo que la humanidad forjó en un afán de milenios.